



# Bibliografía

**DR. FRANCISCO ALFONZO RAVARD.** *La Cuestión Social.* Caracas. Artes gráficas. 1942.

El año 1936 se operó en Venezuela una de las revoluciones más fecundas de su vida independiente. Revolución de carácter ideológico, pues la revuelta armada y aun el motín popular fueron sofocados en germen con mano más hábil que dura por el Gral. López Contreras, a quien injustamente se quiere negar hoy el mérito de haber conducido a Venezuela pacíficamente de la dictadura más extrema a una vida de relativa libertad política. La Historia habrá de hacer justicia, más o menos tarde, al hombre dúctil, enigmático y sereno que presidió con un acierto, si no total, muy considerable, ese difícil período de transición.

La historia, si ha de ser justa e inteligente, hablará también de la **revolución del año 1936**; revolución múltiple, que alcanza desde la educación hasta la economía; pero cuyo carácter primario es el de **revolución social**. Durante algunos decenios dependeremos, casi ciertamente, de la siembra de ideas sociales del año 1936.

Un poco tardía llegaba a Venezuela, por desgracia de no interrumpidas dictaduras, la corriente sociológica moderna, que los últimos 70 años había transformado lentamente la vida civil de casi todas las naciones del mundo culto occidental. Esa corriente era en la práctica la fusión de dos manantiales opuestos y en algún sentido antagónicos. La **doctrina marxista**, que al chocar con la realidad vida del mundo obrero y de la política internacional fué desprendiéndose de las utopías y extremismos de su fundador, hasta cuajar en las formas templadas de la Segunda Internacional; y la **doctrina social católica**, cuya primera labor fué el desarraigar de la mente de multitud de católicos burgueses los resabios del egoísta criterio liberal, para imponer gradualmente la legislación social obrera de Bélgica, Irlanda, España, Holanda, Polonia, Canadá, Austria, Checoslovaquia y Portugal y, en parte, la de

Francia, Alemania y Estados Unidos, llegando a constituir la base íntima de institución tan fecunda como la Oficina Internacional del Trabajo, de Ginebra.

Fueron muchos los venezolanos que miraron con horror, rayano en el pánico, la inquieta y desordenada agitación social del año 1936; muchos, los que no vieron en ella sino una convulsión disolvente y destructora. No negaremos que lo más visible de sus manifestaciones externas era amenazador, y con justicia sembró un recelo, que a su vez resultó fecundo, por haber despertado a la acción muchos ocultos valores, en los que la dictadura había creado un espíritu de somnolencia y pasividad.

Pero en el año 36 lo externo y lo brillante fué en realidad lo menos profundo. Han pasado seis años y las aguas del río turbio se han ido aclarando. Hoy podemos distinguir diáfananamente dos tendencias sociales, que nacieron juntas en aquella hora crucial; que caminarán mucho tiempo paralelas en la historia de Venezuela; que se discutirán la primacía en el campo ideológico y práctico; y que, a pesar de su antagonismo contribuirán a despetrar en el pueblo venezolano un nuevo espíritu social, absolutamente opuesto al liberalismo económico: **el marxismo y la doctrina social católica**.

La corriente marxista, a nuestro entender, se halla aún en período de evolución, oscilando entre los extremismos de la Tercera Internacional Soviética y la corriente moderada de la Segunda Internacional. El marxismo llega muy envejecido a Venezuela, y es extraño que después de sus experiencias de casi un siglo haya caído entre nosotros en los mismos escollos que en la vieja Europa: creación imprudente de sindicatos de carácter más político que profesional; exaltación de la lucha de clases; ataques al derecho de propiedad y a las tradicionales ideas religiosas del pueblo venezolano; aceptación de consignas internacionalistas, cuando la misma República Soviética camina rapidísimamente a

su transformación en movimiento nacionalista, y crea, en radical oposición con la doctrina de Marx y Lenin, una suerte de aristocracia burocrática y militar.

Mucho más fecunda ha sido para Venezuela la segunda corriente de la **doctrina social católica**: más lenta en las realizaciones sindicales y corporativas, que ya surgen en el Táchira, Egido, Mérida, Valera, Boconó y en la propia Caracas; pero singularmente eficaz en el apoyo a la legislación oficial del trabajo y en la producción de una literatura que ha de orientar fecundas iniciativas en un futuro relativamente próximo. Dentro de esta corriente están plenamente; entre los hombres de acción, los Presbíteros Eugenio y Parada, en el Táchira; Duque, en Egido; Zambraño, en Mérida y Humberto Contreras, en Valera; entre los intelectuales, Héctor Cuenca, Rafael Caldera, Tito Gutiérrez Alfaro, y, en su grado; todo el selectísimo grupo de cooperativistas que se han organizado en torno al Prof. Fabra Rivas.

En esta lista alcanza desde hoy un puesto de honor el joven abogado **Francisco Alfonso Ravard**, autor de un espléndido volumen, titulado: **La cuestión social**. El Dr. Alfonso Ravard es uno de los valores mejor logrados de la generación universitaria del año 36. Su obra, presentada en la Universidad Central para optar el título de Doctor en Ciencias Políticas, fué premiada por el Jurado Examinador; compuesto por los Profesores Héctor Cuenca, Tito Gutiérrez Alfaro y Cristóbal Benítez— con una recomendación dirigida a las autoridades universitarias para su publicación oficial. Justísimo galardón a una obra que supera eminentemente las proporciones de una tesis estudiantil para alcanzar el mérito y la madurez de una poderosa síntesis histórica.

Alfonzo Ravard habla en historiador y trata de iluminar el desenvolvimiento de la cuestión social desde el siglo XIII hasta nuestros días. La cualidad fundamental de la obra es una hidalga armonía de ecuanimidad y de entereza. Al estudiar el proceso histórico del problema social, hace hablar a los hechos con un estilo diáfano y agradable, con una carencia absoluta de afeites y adornos retóricos, sin exaltación ni pasión partidista. El autor va haciendo desfilar sosegadamente ante los ojos del lector el panorama de la organización cris-

tiana de la economía y de la vida social en el siglo XIII; el nascente mercantilismo e individualismo de la era renacentista; el triunfo del liberalismo económico a fines del siglo XVIII; y la violenta reacción social que se inicia a mediados del siglo XIX. Al llegar al último capítulo, el lector deduce espontáneamente que se ha recorrido un círculo; que con las Encíclicas sociales de León XIII y Pío XI se vuelve a cerrar el anillo en el mismo punto ideológico que se había descrito en el primer capítulo de la obra. La realidad histórica ha llevado al investigador a descansar en la solución católica del problema.

Alguien tachará de alarde la copiosa bibliografía que el autor cita al final del libro. Quien así razone delata un absoluto desconocimiento del carácter de esta clase de investigaciones. El autor tendrá necesariamente que aumentar su bibliografía en una segunda edición. Concretándose a un ejemplo, que me es más conocido, el conocimiento de la íntegra producción literaria de Balmes y Donoso Cortés llevará al autor a interesantes conclusiones que no veo recogidas en su obra. Balmes conoció y describió admirablemente el problema social, pero no señaló para su solución sino **la caridad**. Vogelsang lo acusaría, con razón, de haber olvidado lo principal: **la justicia**. En Donoso Cortés, lo más extraordinario en su certera previsión del porvenir: él anunció, casi con un siglo de antelación que el **comunismo ateo** triunfaría y se afincaría en Rusia y añadió: "El gran imperio anticristiano será un colosal imperio demagógico, regido por un plebeyo de sátnica grandeza". (SIC I (1938) 99).

Se nos dice que el Dr. Alfonso Ravard publicará la última parte de su libro separadamente con el título "**Los católicos ante la cuestión social**". Creemos un gran acierto esta edición separada, pues ilumina perfectamente el desenvolvimiento histórico del poderoso movimiento social católico en la época contemporánea. Servirá de excelente texto manual para multitud de lectores, que desean conocer en su marco histórico la doctrina social católica; y su primera feliz consecuencia será suscitar el interés por la lectura de la íntegra obra de **La cuestión social**.

M. AGUIRRE ELORRIAGA, S. J.